

FLEURS

Marco Martella

Fleurs

Traducción de
Natalia Zarco

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Fleurs*

© Actes Sud, 2021

© de la traducción, Natalia Zarco, 2022

~~Fotografía~~ de la cubierta:
RPS Grafic sobre un diseño
de William Morris (Shutterstock)

De esta edición:

© Editorial Elba, S.L., 2022

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

ÍNDICE

Narcisos ·	13
Rosas mosquetas ·	27
Pensamientos ·	43
Perejil gigante ·	59
Plumbagos ·	73
Campánulas ·	87
Rosas ·	105
<i>Zagare</i> ·	123

*A mi abuelo Giuseppe.
A Pascal y a nuestro jardín de manzanos silvestres.*

¡Hay tan poca gente que ame los paisajes que no existen!

FERNANDO PESSOA

Desde que dirijo la revista *Jardins*, me he cruzado en el camino con todo tipo de personajes.

Algunos de ellos son profesionales de la jardinería; otros son más conocidos como escritores, poetas o artistas; otros pasan por el mundo del jardín casi por casualidad, y a veces sólo en breves y deslumbrantes apariciones. Todos tienen algo en común: que, en un momento u otro de su vida, conocieron eso que llamamos «la poesía de las flores», «el esplendor de la naturaleza». (Palabras gastadas pero inevitables cuando se trata de jardines.) Y no salieron del todo ilesos.

En las conversaciones que siguen, que podría haber titulado *Entrevistas sobre la belleza* o *Diálogos sobre flores, libros y fantasmas*, se relatan algunos de estos encuentros.

Narcisos

He encontrado en el fondo de un cajón el viejo dictáfono que utilicé para registrar las primeras entrevistas que hice para mi revista, hace ya algunos años. En su interior aún había un casete en el que estaba escrito: «Dorothy Paz, 12 de noviembre de 2010, café Rostand».

Contiene la grabación de la entrevista que la profesora Paz me concedió, estando de paso en París. En aquel momento la entrevista no me pareció aprovechable para un artículo y acabé por olvidarla, pero cuando volví a ver el casete me di cuenta de que el recuerdo de aquel encuentro había seguido en algún rincón de mi alma durante todos estos años. Sólo tuve que encender el dictáfono y escuchar de nuevo el sonido de la voz de la señora Paz –su francés tiene un acento americano apenas perceptible– para que la recordase como si la entrevista hubiera tenido lugar el día anterior y no hace diez años. Ella me observaba con su mirada seria, velada de tristeza, y me pareció que esperaba alguna cosa de mí, quizás una respuesta a una pregunta que finalmente no se formuló con claridad durante nuestro encuentro en el Rostand.

Unas semanas antes de la entrevista se acababa de publicar en Francia la traducción francesa de su último ensayo, *Le Poète dans la forêt*, que algunos consideran hoy como su testamento. Más que un ensayo, decía la contracubierta, era una meditación sobre la presencia de la naturaleza salvaje en la obra de escritores des-

de Chateaubriand, Zola o Colette, hasta los *nature writers* americanos del siglo xx. Un tema inesperado para la profesora Paz, especialista en narratología estructural, que no había mostrado en sus investigaciones un interés particular por esas cuestiones que, además, en el libro, trata de una manera vacilante, por no decir torpe, algo del todo inhabitual en una ensayista como ella, siempre segura de sí misma.

La veía delante de mí en la sala casi vacía de aquel café, enfrente del parque de Luxemburgo. Detrás del mostrador, dos o tres camareros charlaban en voz baja en la penumbra. Afuera llovía a cántaros, pero pese a la grisalla otoñal el amarillo intenso de los castaños de los jardines resplandecía. No nos habíamos visto antes más que dos o tres veces, en tardes de firmas en las librerías parisinas; sentado frente a ella me di cuenta de que era bastante más joven de lo que recordaba, treinta y cinco años como máximo. Sonreía poco y tenía el aire intimidante de alguien que ha consagrado su vida a una única misión: en su caso, a la crítica estructuralista. «Una monja de la deconstrucción literaria», así fue como su editor parisino la había presentado, con humor, en un artículo.

Mientras nos tomábamos el café, antes de empezar la entrevista, me explicó que desde su llegada a París no había hecho otra cosa que atender a periodistas para la promoción de su último ensayo y empezaba a encontrarlo aburrido. Y que había aceptado mantener esta conversación para una revista como la mía con la esperanza de que hablásemos más de árboles que de libros.

Empecé la conversación preguntándole por su primer recuerdo de un bosque.

En su infancia, me respondió, sus padres jamás la habían llevado a dar un paseo por el campo, como suele ocurrir en la mayor parte de las familias de clase media americanas. Vivían en Boston, y sólo salían de la ciudad para viajar a México, de donde su padre era originario, y sobre todo a Europa. La primera vez que pudo contemplar de verdad un bosque fue gracias a una excursión escolar, cuando tenía quince o dieciséis años.

Su profesor de lengua llevaba a menudo a sus alumnos a visitar lugares importantes de la literatura en Nueva Inglaterra. Aquel año había decidido llevarlos a Lenox con la idea de enseñarles The Mount, la casa que la novelista Edith Wharton y su esposo se hicieron construir en 1902 en aquel lugar apartado de la región.

«Todavía recuerdo la emoción que sentí en la entrada de la finca –dijo Dorothy– al ver los establos encalados y los grandes árboles en medio de un prado impecable. Pensé en los parques ingleses que había visitado con mis padres unos años antes. La casa también era un pequeño trozo de Europa.

»Mientras escuchaba al profesor en aquel salón lleno de libros, de preciosas pinturas y tapices, entendí que la historia de Edith era de alguna forma mi propia historia. Igual que ella, me sentía más en casa en las calles de Londres, de Roma o de Viena, inmersa en un refinamiento que hubiera sido en vano buscar en mi país. Cómo entendí su deseo de recrear en su entorno un pequeño universo de belleza y civilización, yo, que lloraba a lágrima viva cada vez que abandonábamos París para volver a Boston. Luego, nuestro profesor nos explicó que, en 1911, siendo aún joven, Edith

Wharton dejó a su marido para instalarse en Francia, donde pasó el resto de su vida. Mirando una foto que colgaba en la pared de un pasillo donde se veía a la escritora de pie, rodeada de sus libros, me juré que en el futuro haría exactamente lo mismo...»

Había leído la biografía de Dorothy Paz en el dossier de prensa y sabía que su deseo sólo se había cumplido a medias. Después de sus estudios en Yale se instaló en París, donde obtuvo un doctorado en Lingüística en la École des hautes études en sciences sociales, pero un año más tarde volvió a Estados Unidos, a Albuquerque para ser exactos, donde le habían concedido una cátedra de Literatura francesa en la universidad de Nuevo México.

«El bosque –continuó–, aquel día no lo vi más que de lejos, desde el jardín de The Mount que visitamos después de la casa. Me aparté un poco de los demás alumnos para pasear entre los parterres y las fuentes italianas, y cuando llegué al límite del jardín, por encima del muro de cierre, pude ver una enorme pradera de hierba alta salpicada aquí y allá de miles de amapolas. ¡Qué contraste entre aquel lago que ondeaba con la brisa y el ordenado jardín a mi espalda! En ambos casos existía una profusión de colores, pero un mundo separaba las flores del jardín de las de la pradera; el rojo delicado de las rosas del rojo sangre de las amapolas. Más allá, al final de aquel calvero, aparecía el bosque. Un denso telón de árboles informe que rompía con la belleza formal del jardín, que parecía negarle su derecho a existir. Me estremecí porque de repente creí sentir el aliento del bosque que, atravesando la pradera, rozaba mi rostro, pero cuando me volví, allí

estaban las rosas, los setos de boj podados, las fuentes... ¡sí, estaba en una villa florentina! Y aquel jardín, que desde que lo diseñara Edith se había conservado igual, que había desafiado no sólo a la naturaleza salvaje sino al tiempo, me pareció todavía más hermoso. Un pequeño mundo artificial, frágil y patético, es cierto, pero vivo y acogedor, como un buen libro.»

Después de aquella visita a The Mount, Dorothy no había vuelto a pensar en el bosque. Mejor dicho, éste reaparecía constantemente en sus lecturas y en sus investigaciones, pero a sus ojos no era más que un *topos* literario, y la joven estudiante que ella era, prendada de la cultura francesa, miraba con cierto rechazo la atracción romántica por la naturaleza salvaje que sentían la mayor parte de los intelectuales americanos, los huérfanos de Thoreau y de Whitman, como ella los llamaba. Sólo la lengua le interesaba. Sean animadas o inanimadas, las cosas del mundo no tenían por sí mismas ni sentido ni valor hasta que la palabra no se ocupaba de ellas para darles una forma y hacerlas inteligibles. Por otra parte, ¿qué era el arte sino un intento de escapar de la brutalidad de la naturaleza, de la obra de destrucción del tiempo?

«Y luego estaba la Hoh Rain Forest –dijo Dorothy–. Como un trueno en un cielo azul.»

Volví a pensar en la evocación, en el epílogo de la señora Paz, de aquel bosque pluvial ubicado en el Estado de Washington, al noroeste de los Estados Unidos, uno de los últimos bosques primigenios del mundo. Le dije que me habían impresionado aquellas últimas páginas, para mí las mejores del libro, donde su escritura adquiría un matiz personal, un poco

desconcertante para quien conocía sus obras anteriores, y donde ya no había cuestiones de literatura sino sólo de campo.

«Hará un año, me encontraba en Seattle para un congreso. Había aceptado la invitación de tres colegas del departamento de literatura comparada para acompañarlos a una excursión a Hoh, en el Olympic National Park, por pura educación para ser sincera. Temía encontrarme con uno de esos horribles parques nacionales americanos siempre invadidos por familias ruidosas, por caravanas y excursionistas. Me acordaba de Yosemite, en California, y de sus secuoyas milenarias rodeadas de visitantes postrados en silenciosa adoración, con los ojos cerrados, como si fueran, yo qué sé, chamanes indios. Pero el bosque de Hoh era otra cosa...

»Aquel día llovía, la temporada turística aún no había empezado y, aparte de mis colegas y yo, no había nadie. El bosque me atrapó desde el primer paso, incluso físicamente. En esa penumbra, entre gris y verdosa, estábamos rodeados por un desorden de troncos caídos, cubiertos de capas de musgo, sobre los cuales otros árboles habían echado raíces. Mientras avanzábamos en fila india por el sendero, mis ojos se extraviaban en aquella maraña de ramas y líquenes que colgaban hasta el suelo como una cortina hecha jirones. Uno de mis colegas nos explicó que eran las precipitaciones las que permitían semejante exuberancia, esa concentración de vida que había alcanzado su punto álgido hacía milenios y que después había continuado existiendo, inmutable. Nos habló de las coníferas y de los planifolios que habían colonizado el noroeste del

continente mucho antes de la aparición del hombre en la Tierra, y donde no había más que este bosque que se extiende treinta y ocho kilómetros a lo largo del río Hoh. Al cabo de unos minutos dejé de escucharlo. Sensaciones que no conocía, que no me pertenecían en realidad, se me agolpaban en el corazón. Un deseo me empujó a abandonar el sendero marcado, a adentrarme en el caos. Me alejé de los demás y me aventuré en el bosque. Saltando los troncos derribados, apartando las lianas, me abrí camino. Era dificultoso, a veces casi imposible, avanzar; los músculos de las piernas me dolían, tropecé varias veces porque el poncho impermeable me molestaba. Y cuando por fin estuve sola y las voces de mis amigos se perdieron a lo lejos, me di cuenta de que el bosque estaba sumergido en un silencio casi absoluto. Me paré un instante: ni canto de pájaros, ni zumbido de insectos. Sólo las cuatro gotas que conseguían atravesar las copas, altísimas por encima de mi cabeza, se oían de vez en cuando estrellándose en los troncos caídos.»

Dorothy avanzaba ahora con dificultad en su narración. A todas luces trataba de abrir un camino en sus recuerdos como lo haría a través de la maraña del bosque. Estaba delante de mí, pero al mismo tiempo en la otra punta del mundo, lejos de aquel día gris parisino y del Rostand.

«¿Adónde trataba de ir? Había perdido las referencias porque en un bosque como aquél todas las direcciones parecen interesantes. Mis botas mojadas se hundían en un suelo sorprendentemente blando. Mi colega nos había explicado que ese suelo se había ido sedimentando a lo largo de los milenios por la des-

composición de las hojas, de la madera y de los animales muertos, gracias a la humedad y al trabajo incesante de los insectos y las lombrices, de manera que tenía la impresión de caminar por capas gruesas y húmedas de tiempo, acumuladas allí desde el origen de la Tierra. Las gotas de lluvia también parecían caer sobre un mundo remoto, un mundo anterior al mundo, donde los hombres aún no existían. En aquel bosque yo era una intrusa. Entonces me asusté, porque entendí que me había perdido. En la umbría, más allá de las cortinas de fronda y las lianas, creí distinguir un resplandor. Me dirigí hacia allí y pocos metros después me topé con una pradera. Podría ser que hubieran cortado los árboles en aquel lugar, o retirado la madera muerta, puesto que aquel claro tenía una forma perfectamente circular. En aquella luz espléndida, después de la penumbra del sotobosque, me pareció distinguir algunas flores, difuminadas en un blanco tan puro que, aunque inmóviles, se me antojaron –aún las veo con toda claridad– un enjambre de pequeñas llamas. Aún hoy me digo que sin duda eran simples narcisos, pero me parecieron extraordinarias, flores de otro mundo. Por miedo a pisarlas, no me atreví a entrar en el claro. Una voz en lo más profundo de mí me decía que sólo tenía derecho a quedarme donde estaba, al borde de aquella pequeña pradera, como ante un recinto sagrado, para mirarla desde fuera. Invasión por tales pensamientos tan irracionales como confusos, me senté en un tronco muerto y me quedé acariciando su corteza húmeda, escuchando el movimiento incesante de los insectos en el musgo. Así que eso era todo, la vida...

»Mi pequeña aventura duraría unos quince minutos, nada más. Encontré a mis amigos, que se habían vuelto para buscarme en cuanto se dieron cuenta de que los había abandonado, menos alarmados de lo que imaginé. En realidad, las posibilidades de que me perdiese en el bosque de Hoh eran casi inexistentes. De todas formas, creo que fue a raíz de este episodio que nació mi interés, del todo inesperado, por la naturaleza. No sé cuántos bosques y reservas naturales he visitado desde entonces en mis desplazamientos profesionales por Estados Unidos y Europa, pero la emoción que sentí aquella mañana, en Hoh, no he vuelto a sentirla. Aquella pradera florecida, ¿de verdad la vi? Quiero creer que sí y que todavía está allí, en algún lugar en medio del bosque.»

Se hizo un largo silencio. Dorothy miraba cómo las copas doradas de los castaños del Luxemburgo, al otro lado de la ventana, se ensombrecían con la luz de la tarde.

«En mi casa, en Albuquerque –continuó–, empecé a observar los árboles plantados en el jardín del campus, situado entre macizos que están todo el año en flor. Empecé a prestar atención también a las hileras de árboles de las calles que veía por la ventanilla del coche de camino al trabajo por la mañana y que me reencontraba por la tarde, de vuelta a casa. Cuando florecieron los árboles de jacarandá, me pregunté cómo era que nunca antes había reparado en aquellos deslumbrantes racimos color malva intenso suspendidos entre el suelo y el cielo. Luego, mirando los árboles de cerca, me di cuenta de que sus troncos estaban llenos de cicatrices, debidas sin duda a podas repetidas, y que

sus raíces se hundían a menudo en el asfalto y no en tierra profunda. Qué diferentes de los árboles de Hoh... ¿Recuerda usted esa historia que cuenta que, en una calle de Turín, poco antes de perder la razón, Friedrich Nietzsche abrazó al caballo de un coche de plaza que aguardaba pacientemente al lado de una acera? A veces, andando por las calles de Albuquerque o por mi campus, incluso hace un rato, cuando he cruzado el Luxemburgo para encontrarme con usted aquí, siento el deseo de hacer lo mismo, abrazar alguno de los árboles como el primer *tree hugger* que hubo. De apretarlo fuerte contra mí para sentir las grietas de su corteza en la piel, aunque sólo sea para sentir que estoy viva...»

Dorothy Paz por fin sonrió, pero débilmente. A continuación, se levantó y se puso el abrigo, mientras yo trataba de decir algo más para retenerla unos minutos—. «Hasta la vista –me dijo—. Espero que este encuentro no haya sido una pérdida de tiempo para usted, y que pueda aprovechar alguna cosa para su artículo.»

Aquí se detuvo el casete.

Meses más tarde, leí en una revista universitaria que la señora Paz había desaparecido en Costa Rica, adonde había viajado de vacaciones para enorme sorpresa de sus pocos amigos, que sabían de su aversión al turismo y de su costumbre de pasar las vacaciones en casa, escribiendo.

Una mañana, decía el artículo, aparcó el coche de alquiler en la entrada de la selva de Corcovado, al sudeste del país, una de las más salvajes de América Central. Un guarda forestal nativo recordaba haberla visto

con su mochila y sus gafas de sol, como cualquier turista americano, dirigirse a las oficinas del parque. Allí se había quejado a los guardas, en español, de los mosquitos que no la habían dejado pegar ojo en toda la noche, había firmado el registro antes de tomar el sendero y se había adentrado en la jungla entre las palmeras, los enormes ficus y las lianas. Por la tarde, se dieron cuenta de que no había firmado el registro de salida y de que su coche seguía aparcado en la entrada. Desde entonces, nadie la ha vuelto a ver.